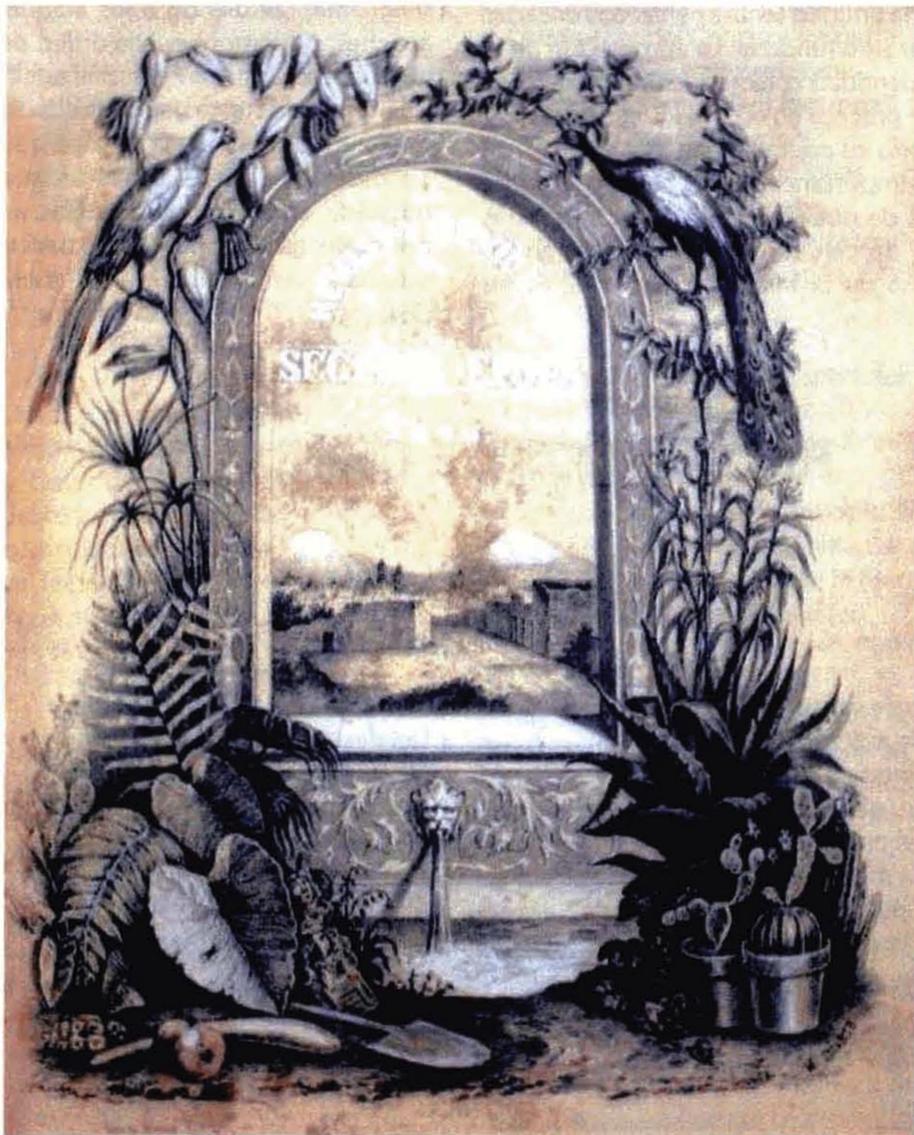


Baúl



Presentación

Víctor Orozco

Las añoranzas por el terruño han sido desde siempre una de las motivaciones más frecuentadas por los literatos para escribir sus textos. El poema que incluimos ahora en El Baúl, los debemos a una de estas nostalgias, en este caso, la de Francisco de Urquidí, quien hacia 1846, año en que lo escribió radicaba en la ciudad de México, lejos de su tierra tan extrañada. Al margen de su valor literario, tiene uno histórico, pues como se advierte su referencia es el estado de Chihuahua y no la capital del mismo, cuando la entidad tenía apenas dos décadas de haber sido fundada. La apropiación de la nueva identidad colectiva, como se sabe, es un largo proceso en el cual, los escritores — y sobre todo los poetas — han jugado un rol de primera importancia. Así, el bardo que ahora traemos de nuevo a la luz pública después de más de centuria y media hacía, en un momento de la infancia chihuahuense, su

aportación para construir la nueva identidad regional y nacional.

El poema representa también un canto a la idea del hombre libre en la naturaleza, en contraposición a las ataduras impuestas por la civilización, representada en la ciudad y muy en boga durante la primera mitad del siglo XIX. De allí que el autor lamenta su aislamiento “entre muros y entre hombres”, cuando evoca los días cuando en “tosca piragua” surcaba las corrientes del río Conchos y aún del salvaje la “huella sangrienta”, aludiendo a los ataques de los apaches, por entonces a la orden del día en Chihuahua.

En fin, reeditar estos *Recuerdos de Chihuahua* que publicó la Revista Mexicana, ayuda a entender el alma colectiva chihuahuense, fraguada en estas dos centurias en medio del ruido de las armas, del arado o de la máquina, pero también y en igual medida, de las letras.

RECUERDOS DE CHIHUAHUA.*



Ilusion de ventura, blando ensueño,
Memoria ardiente de la dicha mía,
En torrentes de férvida alegría
Ahoga su pesar el corazón.

Huye el presente y del pasado un soplo
Reanima mi existencia adormecida:
Llegad, dulces recuerdos de mi vida,
Llegad, horas de paz y bendición.

Yo adoré del Señor la grandeza
Del desierto en la playa anchurosa,
Mi potente oración fervorosa
El espacio infinito llenó.

Tras los montes azules lejanos,
Mas allá del Oriente inflamado;
Mas allá de ese cielo velado
Mi sublime canción resonó.



Era un himno de amor y entusiasmo
Expresión de un contento profundo,
¡Solo yo con mi Dios en el mundo,
Dios sin velo, sin templo, ni altar! [...]

En corcel animoso y ligero
Leguas mil recorría por instantes
Mis cabellos al viento flotantes
Y en mi frente el reflejo del sol.
Y los campos cual otro Oceano
En opuesto sentido corrían,
Y sus olas de montes se hundían
Donde nace del día el arbol.

Ya del llano la fresca verdura,
Ya del cerro la cima escarpada,
Y aun del pico la cumbre nevada
Era alfombra á mi noble bridon.
Desde allí mis miradas ardientes
Por el mundo orgulloso giraba,
A mis plantas la tierra rodaba
Con sus troncos de vil irrisión.

Miserables los pueblos, los reyes
Siempre esclavos buscaban, el yugo
Cada rey, cada pueblo ¡un verdugo!
El del pueblo y el pueblo del rey.
Solo yo, respirando contento
¡Libre soy! exclamaba, y se oían
Ecos mil que mi voz repetían
Libre, libre, sin freno y sin ley.

De mi gozo el frenético acento
Cual del rayo el terrible estallido
Dominaba del viento el mugido
Y el bramar de rugiente huracán.
Ese estruendo escuchaba yo entonces
Como grande armonioso concierto
Que elevaba á su Dios el desierto
Desde el centro del hondo volcan.

A la luz del relámpago acaso
En la noche de horrible tormenta
Del salvaje la huella sangrienta
Fresca, humeante dó quiera miré.
Y un cadáver y mil, insepultos,
Sobre yerba con sangre marchita
¡Ay! un día esa turba maldita
De la patria, caudillos, clamé.

Fatigado tras larga carrera
En las rocas buscaba un asilo,
¡Cuántas veces, Peñoles, tranquilo [...]

Otras veces del Conchos las ondas
Azuladas, tranquilas, profundas
O encrespadas, también iracundas,
En mi tosca piragua surqué.
Sin timón, sin mastil y sin velas
Del destino al influjo vogaba,
Mi alma toda en las aguas flotaba
Con su dicha, su encanto, su fé.

De las vegas los bosques sombríos
Penetré con pavor religioso,
El acento de Dios misterioso
Pareció por las ramas vagar.
¡Siempre Dios! siempre un soplo divino
De perfumes llenando el ambiente
En el prado, en el bosque, en la fuente,
Dios sin velo, sin templo ni altar.

Hoy aislado entre muros y entre hombres
Vago cual sombra en régio panteón,
Quedan á mi memoria gratos nombres,
Recuerdos de ventura al corazón.

México Mayo 11 de 1846.

FRANCISCO DE URQUIIDI.

* Se respetó la ortografía original